



La potencia política del encuentro: tramas intersubjetivas en una acción colectiva antirrepresiva

The Political Power of the Encounter:
Intersubjective Plots in an Antirepressive Collective Action

Macarena Roldán

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
macarena_rolدان5@hotmail.com

Agostina Latimori

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
agolatimori@gmail.com

Gabriela Maorenzic

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
gabrielamaorenzic@gmail.com

Resumen. La Marcha de la Gorra es una acción colectiva antirrepresiva de la ciudad de Córdoba, Argentina. Convoca a miles de jóvenes que reclaman en contra del hostigamiento y el abuso policial que padecen cotidianamente. El objetivo de este artículo es analizar, desde una mirada psicosocial, de qué modo las tramas intersubjetivas que tejen las y los jóvenes constituyen una potencia fundamental de la movilización en el espacio público. Para ello, recuperamos el trabajo de campo y las conjeturas producidas en dos tesis de investigación sobre esta acción colectiva. Desde una metodología cualitativa, la estrategia de exploración estuvo fundamentada en la etnografía colectiva de eventos. Concluimos que estas tramas simbólico-afectivas generan condiciones de posibilidad para la realización de la acción colectiva, favoreciendo la participación y permanencia de las/os implicadas/os.

Palabras clave. Acción colectiva, Violencia policial, Jóvenes, Tramas intersubjetivas.

Abstract. *Marcha de la Gorra* is an anti-repressive collective action in Córdoba, Argentina. It summons thousands of young people to protest against the police harassment and abuse suffered daily. The aim of this article is to analyze, from a psychosocial perspective, how the intersubjective plots that weave the youths constitute a fundamental power of the mobilization in the public space. To do this, we recover the fieldwork and conjectures produced in two research works about this collective action. From a qualitative methodology, the exploration strategy was based on a design called collective Ethnography of Events. We conclude that these symbolic-affective plots generate conditions of possibility for the realization of collective action, favoring the participation and permanence of the involved.

Keywords. Collective action, Police violence, Youngsters, Intersubjective plots.



Introducción

En las sociedades actuales, las prácticas políticas que se enmarcan en demandas sociales, ya no cursan necesariamente por medio de la institucionalidad política tradicional, desplazándose hacia nuevas formas de acción colectiva (Bonvillani, A. 2018a). En este escenario, adquieren gran relevancia las tramas intersubjetivas y su componente vincular-emocional-afectivo, que atraviesan los procesos de organización y construcción de la acción colectiva. Siguiendo a Scribano y Artese (2012, 85), las primeras vinculaciones entre los estudios sobre acciones colectivas de protesta y el componente afectivo-emocional y vincular que allí interviene, se basan en la emergencia de los denominados “Nuevos Movimientos Sociales”, que comenzaron a ocupar la escena política a partir de los 70’/80’ (Diani, M. 2015, 4-6).

En América Latina, la globalización, los cambios fundamentales del tipo societal hacia una sociedad “posindustrial” y las nuevas formas de exclusión a partir de la emergencia de regímenes político-económicos neoliberales, produjeron como consecuencia la desarticulación de actores clásicos ligados al modelo de sociedad industrial y al conflicto entre capital/trabajo, y la aparición de un amplio espectro de actores/as y modalidades de acción colectiva a partir de la emergencia de nuevas luchas ligadas a las condiciones de vida, la cultura, la vivienda y la tierra, las nuevas formas de exclusión y la militarización del espacio urbano (Svampa, M. 2007).

Ante estas diversificaciones en las formas de cursar la politicidad se hace insoslayable una mirada psicosocial que incluya aspectos que enriquezcan su abordaje, atendiendo a los procesos de conformación de estos movimientos, al *cómo* de esa construcción, especialmente respecto de las tramas intersubjetivas que dan pie a la constitución de un “nosotros” colectivo que se moviliza en el espacio público. En la constitución de ese “nosotros”, Aguilera Ruiz (2016, 237) señala la importancia de las pasiones, las emociones, los sentimientos y los afectos en tanto constituyen un campo semántico desde el cual los sujetos significan sus propias prácticas, así como de las maneras de constitución de los vínculos intersubjetivos que desarrollan. Por su parte, siguiendo a Bonvillani (2017, 19), la movilización de sensibilidades y afectaciones corporales aparece como central en la construcción de una identidad colectiva en tanto le dan materialidad a la experiencia del encuentro. Son la clave desde la cual se hace evidente el doble movimiento de politización de lo afectivo y afectivización de lo político, en tanto soporte vivencial de las y los hacedores de tales acciones colectivas. Asimismo, estas tramas intersubjetivas parecen operar como motor de las nuevas formas de ejercicio de lo político que las juventudes practican, en contra de los estados anímicos apáticos, disconformes, distantes con los cuales se suele caracterizar la relación de las jóvenes generaciones con la política tradicional (Bonvillani, A. 2018a).

Los modos de participación juvenil vinculados a situaciones de protesta y/o a movilizaciones constituyen las prácticas políticas más impulsadas dentro de la política no convencional (Vommaro, P. 2015). Son ellos/as, principalmente, quienes recrean nuevas formas de organización y construyen otras modalidades para poner en visibilidad sus necesidades e incorporar sus demandas en la agenda pública. En Córdoba, Argentina, la Marcha de la Gorra (en adelante “la Marcha”), constituye una importante expresión de politización juvenil en clave local, ya que se trata de una manifestación que convoca especialmente a miles de jóvenes que buscan visibilizar sus reclamos y demandas en las calles, particularmente en contra del abuso policial que padecen cotidianamente.

Esta movilización se realiza desde el año 2007, cada 20 de noviembre o algún día próximo a esa fecha. A partir de su irrupción en el espacio público y el desplazamiento atípico en las avenidas principales de Córdoba, los cuerpos intervenidos y la gran aglomeración de grupos, organizaciones y colectivos, ocupan de manera provocativa el espacio céntrico de la ciudad. El principal propósito de



la Marcha es instalar un reclamo contra las políticas públicas de seguridad que dan lugar a un amplio espectro de situaciones abusivas y represivas (Roldán, M. 2019). De manera enfática, se denuncia el hostigamiento policial dirigido a jóvenes de sectores populares que se traduce en sistemáticas interceptaciones en la vía pública, requisas e incluso violencia verbal y golpizas. En los casos más extremos de violencia policial, encontramos los denominados “casos de gatillo fácil”, los cuales configuran un uso abusivo del arma de fuego por parte de los agentes (Pita, M. V. 2010), atentando directamente contra la integridad física y la vida. De este modo, la Marcha de la Gorra se configura como una acción colectiva con un alto componente juvenil y asume, en la voz de sus protagonistas, un carácter antirrepresivo distintivo.

Tratándose de un fenómeno de protesta que lleva catorce años en la escena pública cordobesa, es importante destacar la existencia y el sostenimiento de una Mesa Organizativa que se convoca entre uno y dos meses antes de la Marcha. Allí confluyen una multiplicidad de organizaciones sociales, territoriales, estudiantiles, partidos políticos y personas autoconvocadas con el fin de organizar la Marcha, contemplando tanto aspectos políticos como operativos. Esta temporalidad ampliada de la acción colectiva en su fase de preparación constituye una instancia de encuentro de gran intensidad, tanto por la frecuencia de las reuniones como por el tipo de intercambios: proposición de consignas, debates y álgidas discusiones. Asimismo, también configura un momento-espacio en el que se comparten situaciones cotidianas y se traman vínculos.

En este trabajo, entendemos a la acción colectiva como emergente de una compleja dinámica situada en un contexto social y cultural en el que las redes de interacción, los sentidos, creencias y posicionamientos compartidos, así como la construcción de una identidad colectiva constituyen procesos determinantes (Diani, M. 2015, 6-10). Desde esta perspectiva, la acción colectiva no implica sólo un conjunto de prácticas ejercidas por cierto número de actores/as que persiguen una serie de objetivos e intereses, sino que, además, implica un encuentro-desencuentro con muchos/as otros/as donde se movilizan, no sólo recursos y procesos de negociación, sino también construcciones de sentido y procesos (inter)subjetivos.

Estos procesos implican sentimientos de filiación, compañerismo y amistad, pero también, conflictos, tensiones y disputas políticas, tanto al interior de sí misma como en relación a los agentes externos con los que se vincula. En este sentido, Aguilera Ruiz (2016) propone la noción de excedente emocional inscrita en los contextos de protesta para enfatizar aquello que “excede a la reivindicación puntual y remite más bien a la pugna por semantizar y fijar los ‘significados flotantes’ en un contexto de conflicto y ante objetos en disputa sobre los cuales no existe necesariamente una elaboración programática” (238). La centralidad de las interacciones trasciende la dimensión instrumental de la protesta. Al movilizar emociones, generan un excedente en su doble acepción: trasvasan lo racional y producen un resultado adicional no previsto.

El objetivo de este artículo es analizar, desde una perspectiva psicosocial, la constitución de vínculos y tramas intersubjetivas en la Marcha de la Gorra y su potencia política en el tejido mismo de esta acción colectiva antirrepresiva. Para ello, recuperamos el trabajo de campo y las conjeturas elaboradas en dos tesis de investigación¹ sobre esta acción colectiva.

Estrategia metodológica

¹ Por un lado, se trata de un Trabajo Final de la Licenciatura en Psicología de una universidad pública argentina. La segunda contribución corresponde a una tesis de Doctorado en Psicología de la misma universidad.



Puesto que el propósito de nuestra investigación se refiere al análisis de los vínculos y tramas intersubjetivas que se configuran en el seno de una acción colectiva, partimos de un enfoque cualitativo y etnográfico sensible a la construcción de sentidos, simbólicos y emocionales, que encarnan las y los jóvenes participantes.

Por tratarse de una movilización en el espacio público, la Marcha constituye un objeto etnográfico caracterizado por sus cualidades de fugacidad (temporalidad acotada) y movimiento (desplazamiento constante en la calle). De este modo, la estrategia general de investigación estuvo apoyada en la etnografía colectiva de evento (Borges, A. 2017; Bonvillani, A. 2018b). En el trabajo etnográfico sobre lo político, el término lugar-evento opera como instrumento analítico centrado en la imbricación entre el espacio (la calle, el espacio público), el tiempo (la brevedad y fugacidad que caracterizan a una movilización, la interrupción en el ritmo cotidiano de ese espacio) y los sujetos que irrumpen allí. En este sentido, la connotación de acontecimiento político está dada por el carácter disruptivo del evento-manifestación. Asimismo, el diseño destaca la dimensión colectiva del trabajo de indagación, en tanto labor colaborativa entre varias/os participantes de un equipo de investigación que viene trabajando con la Marcha desde el año 2012, y del cual las autoras de este artículo formamos parte.

Abordamos la Marcha en tanto un *lugar-evento*, es decir, como un hecho manifestante en sí misma (Bonvillani, A. 2018b, 167), así como también, procuramos atender a los sentidos que los diversos actores construyen en las instancias de encuentro que se llevaron a cabo antes y después del evento-Marcha². A los fines del presente artículo, adquiere particular relevancia la actividad etnográfica llevada a cabo en la instancia de la “Mesa Organizativa” (“la Mesa”, en adelante), espacio que, en palabras de Bonvillani (2018b, 169), es la “cocina de la Marcha”, donde las/os jóvenes se encuentran para decidir el para qué y el cómo de la acción colectiva.

Así, empleamos una multiplicidad de técnicas y recursos para cada instancia del trabajo de campo, recuperando lo que Bonvillani (2018b, 180) denomina *mosaicismos metodológicos*, a los fines de garantizar una triangulación que aporte rigurosidad a la construcción de los datos. Las técnicas utilizadas para la construcción de los datos fueron la observación participante (Guber, R. 2019) y el registro etnográfico (Guber, R. 2019), con la finalidad de obtener información acerca de las actividades organizativas previas a la Marcha, las discusiones políticas, el establecimiento de vínculos y las negociaciones intersubjetivas en torno a la construcción de la acción colectiva.

En el registro se consideró principalmente, las actividades desarrolladas, el tiempo, espacio, personas implicadas, y la relación que podría establecerse entre estos/as. Se trató de atender a elementos, tanto discursivos como extradiscursivos. Así, algunos aspectos en los que nos detuvimos en la observación y registro, fueron las características del espacio donde se dieron los intercambios, la familiaridad de los/as actores/as con ese espacio y su disposición en él, el tiempo secuencial de los hechos, las actividades que se realizaron y quienes las llevaron a cabo, las interacciones entre ellos/as y con las investigadoras, el lenguaje corporal y gestual en general, la facilidad o dificultad para tomar la palabra pública, y los tonos de voz empleados.

Durante la manifestación realizamos 19 conversaciones en marcha (Bonvillani, A. 2018b, 177), con el propósito de entablar un diálogo espontáneo y simultáneo a la experiencia. Posteriormente, con el propósito de ahondar en las construcciones de sentido de las y los jóvenes, se llevaron a cabo 20 entrevistas en profundidad, basadas en un guion de temas, entre el año 2017 y 2020, a jóvenes de entre 18 y 35 años de edad.

²El trabajo de campo inició en las reuniones de la Mesa Organizativa. Ésta funciona en dos instancias: inicialmente, por comisiones (en las ediciones abordadas en nuestro trabajo dichas comisiones fueron: Artística, Seguridad, Comunicación y Documento) y, luego, en discusión plenaria. Nos incorporamos en las comisiones de Artística y Seguridad y, a su vez, participamos en las discusiones generales de la instancia plenaria. Contamos 17 registros etnográficos correspondientes a reuniones organizativas.



Finalmente, cabe aclarar que todos los fragmentos de campo incluidos en el análisis serán citados con nombres ficticios, en orden a resguardar la identidad y el anonimato de las y los participantes.

De los hilos singulares a las tramas colectivas en la acción política

La gesta de la Marcha de la Gorra convoca a una pluralidad de actoras/es que se reúnen en su Mesa Organizativa; juventudes múltiples y diversas, atravesadas por sus condiciones singulares de existencia, tanto materiales como simbólicas. Algunos/as de estos/as jóvenes se definen a sí mismos/as como autoconvocados/as en tanto asisten en su propia representación, sin filiación a un espacio u organización particular. En general, su participación condensa el repudio al hostigamiento que ejerce el Estado y el apoyo a quienes padecen la represión policial. No obstante, la mayoría se presenta como miembros de organizaciones sociales, territoriales, políticas, artísticas y culturales, estudiantiles y/o académicas, siendo la Marcha un espacio de participación particular en sus vastas trayectorias de militancia. En las narrativas de los y las entrevistadas, su motivación para acercarse a la Marcha está permeada por influencias familiares, así como también de los grupos de pares o compañeros/as de organización. En otros casos, el punto de contacto inicial se da a partir de su tránsito en instituciones educativas (escuelas secundarias y universidad pública) y espacios culturales o de formación artística. Algunos/as actores/as destacan por la continuidad de su presencia y trayectoria en la organización de la Marcha, otros/as por sus apariciones esporádicas e, incluso, están quienes interpelan desde su ausencia y su recuerdo, siendo nombrados/as y referenciados/as a pesar de no estar presentes. En este sentido, la Mesa Organizadora constituye “un espacio de formación política en sí misma” (Registro etnográfico de la Mesa, 29/09/17), que impacta significativamente en las trayectorias de quienes participan.

La Marcha constituye una acción colectiva con un alto grado de organización y continuidad en el tiempo. Esta continuidad está mediada por la configuración de redes de interacciones entre una pluralidad de sujetos, grupos y/u organizaciones que van tejiendo una trama vincular entre quienes habitan la Marcha, tanto en su fase de latencia, como en su momento de visibilidad en el espacio público (Melucci, A.1994).

Al calor del trabajo de campo, hemos advertido que “la cocina” de la Marcha, como instancia previa a la puesta en escena de la calle, implica la construcción de un entretejido de vínculos entre sus hacedores/as. En un primer acercamiento, tales interacciones parecen responder al trazado de objetivos y estrategias para dar respuesta a las necesidades de recursos materiales e instrumentales (Melucci, A. 1994). Sin embargo, al escuchar a las/os jóvenes encontramos que allí se movilizan especialmente sentidos emocionales y afectivos que animan el deseo de participación y permanencia. Asimismo, en una acción de estas características, con un marcado componente popular y autogestivo, los vínculos de cooperación configuran un empuje fundamental para establecer las condiciones de posibilidad de la Marcha. De este modo se configura una trama relacional que sostiene y viabiliza la acción política.

En medio de la organización me sorprendió la operatividad y disponibilidad que había para llevar adelante lo requerido. La coordinación para buscar aquí o allá, entre personas que ni se conocían “pasa por mi casa, en tal lado...”, “vos que venís con todos los equipos decime a dónde vas estar y te paso a buscar en el auto”. (Registro etnográfico de la Mesa, 29/9/17)

Es mucha gente la que labura para la Marcha de la Gorra. Y todo eso, por ahí, no lo ves de afuera, pero labura un montón de gente. Un montón de gente al mismo tiempo, en distintas mini-asambleitas, ocupándose de distintas cosas. (Sol, murguera, 10/7/19)



Aguilera Ruiz (2010, 93) plantea que en la constitución del “nosotros” que caracteriza a la asociatividad juvenil, la afectividad tiene un peso notable en los modos de significar las prácticas. En ocasiones, muchas de las acciones colectivas que emprenden las juventudes se apuntalan más en una comunidad afectiva que en el compromiso con una colectividad política. Estas afectividades están relacionadas con los valores compartidos, el encuentro con personas que transitan experiencias similares y con la posibilidad de generar vínculos comunes. Por su parte, Bonvillani (2017), refiere a un “plus vincular” que se juega en el registro de lo intersubjetivo, aludiendo a la construcción de lazos de confianza, compañerismo, reciprocidad y compromiso, no sólo entre sujetos sino también entre espacios y organizaciones.

En palabras de los/as participantes, la Marcha es “un encuentro entre organizaciones que genera confianza y afianza el campo popular” (Registro etnográfico de la Mesa, 29/9/17). Un espacio de encuentro donde los vínculos que se traman “cara a cara” impulsan la acción de “formar parte” en tanto práctica política y, a la vez, exceden el espacio organizativo de la Marcha, extendiéndose a otros espacios afectivos de la vida cotidiana:

Tenemos pensado ir a algunas reuniones como para decir “loco, acá estamos” y poder vernos las caras con los otros personajes, que siempre los cruzas en algún lugar, pero la reunión es algo muy importante donde te encontrás con caras que decís “qué bueno verte de vuelta” (en tono alegre y cálido). (Lucho, miembro de una banda musical, 2/11/18)

Estamos ahí, reunidos, entre nosotros, todos los viernes, rosqueando³. [...] Si vos me hablás de la Marcha que fuimos con los pibes y sí, yo enamorada, directamente. O sea, el poder rosquear con los pibes a la vuelta... (Camila, militante territorial. 6/3/19)

La Marcha podría caracterizarse como un ritual de encuentro y solidaridad entre diversos grupos y espacios, ya que amplía los modos de estar juntos a nivel intragrupal, para proyectarse a través de lazos entre organizaciones (Bonvillani, A. 2017, 10). La articulación entre espacios crea redes que proporcionan sostén, una vez más, tanto material como emocional, al tiempo que habilita la coordinación de acciones que trascienden la movilización, como la construcción de estrategias de cuidado frente al hostigamiento y la persecución policial:

Había un pibe⁴ en una comisaría y estábamos todos afuera, estaba como muy aceitado. No es que iba a haber un pibe en cana⁵ y te ibas a quedar en tu casa tomando mate tranquilo. Estaba esa lógica en conjunto del campo popular. (Camila, militante territorial. 6/3/19)

Al interior de esta trama intersubjetiva, los/as actores/as crean un sentido de pertenencia, no sólo a partir de los lazos afectivos, sino también a partir de la producción de significaciones compartidas, creencias y posicionamientos imaginados colectivamente. Esta urdimbre de sentidos políticos y afectivos modula sus esquemas interpretativos de la realidad social, en un proceso de negociación intersubjetiva constante:

Lo copado por ahí es que, en la organización, por más que seamos todos de distintos espacios, porque hay pibes y pibas que, por ejemplo, militan en un partido político, hay otros que hacemos más trabajo comunitario, hay otros que están en la murga... Somos todos de distintos espacios; pero en el momento de encontrarnos todos nos conocemos, todos sabemos en qué territorio estamos pisando, qué cosas podemos hacer y qué cosas no podemos. (Sofía, militante territorial, 24/11/17).

³ “Rosca” o “rosqueada”: categoría local que alude a las discusiones que se desarrollan sobre un determinado tema, acentuando su aspecto imbricado, recursivo y complejo.

⁴ “Pibe”: categoría local utilizada para aludir a jóvenes.

⁵ “Cana” o “yuta”: categoría local para referir a la institución policial.



Paralelamente, los registros muestran que estos “consensos” y negociaciones no se dan sin cruces y desencuentros. La Marcha, como fenómeno sociopolítico, no sólo disputa sentidos con el exterior, sino que es, en sí misma, un territorio de disputas y confrontación (Bonvillani, 2018b). Esto es así porque los procesos de construcción y atribución de sentido no se circunscriben a las prácticas y discursos que se ponen en juego en el espacio público, sino que se erigen intra e intersubjetivamente en la vida cotidiana de esos miembros, así como también en los encuentros, organizaciones y/o acciones que se llevan a cabo en la fase de latencia de la acción colectiva.

En el espacio organizativo de la Marcha, se discuten y definen una pluralidad de elementos que hacen a la presentación fenoménica de la acción colectiva en fase de movilización: la fecha; bajo qué consigna marchar; qué se incluirá en la gráfica de convocatoria; cuál será el recorrido de la marcha (punto de inicio y punto de llegada); el documento oficial que se leerá al finalizar, etc. Esta programática excede cabalmente aspectos organizativos: allí se dirimen sentidos profundamente políticos donde las distintas organizaciones intentan tomar parte y jerarquizar sentidos de acuerdo a sus posicionamientos. Los debates políticos y operativos que se suscitan en la Mesa suelen tener la finalidad de construir consensos asamblearios que posibiliten el *hacer juntos*. No obstante, estas negociaciones conllevan una satisfacción emergente del intercambio *per se*: la posibilidad de construir reflexiones en diálogo, sin arreglo a fines explícitos. Esta tarea intersubjetiva implícita acompaña la tarea explícita de operacionalizar la movilización. En este sentido, se configura en un desafío a desandar, pues supone alojar las múltiples tensiones que implica el amplio abanico de pertenencias organizativas, dada la conflictividad que supone la producción de una acción colectiva que congrega a espacios tan diversos y que aloja posiciones dispares respecto de grandes cuestiones políticas.

Este proceso involucra importantes negociaciones y disputas de sentido que imponen la necesidad de establecer acuerdos necesarios que hagan posible la realización de la protesta. Entre ellos, se destaca la construcción y enunciación de una demanda colectiva; la elaboración de un pliego de reivindicaciones atento a la coyuntura sociopolítica de cada edición de la Marcha, la definición de estrategias de seguridad y cuidado de quienes marchan, y –un elemento fundamental– la construcción de antagonismos. En este sentido, un tópico fundamental está dado por la figura del Estado y las instituciones de gobierno, polémica que se reactualiza año a año a partir de las múltiples inscripciones partidarias de lxs referentes que participan de la Mesa, así como también por posiciones no partidarias que se corresponden más bien con un paradigma vinculado a la acción directa, por fuera de toda vía institucional. El eje de discusión *institucionalidad / no institucionalidad*, caracterizado prácticamente a la manera de opuestos que se excluyen, aparece insistentemente tensionado en la Mesa Organizativa. Sin embargo, también se expresan posiciones tendientes a una “moderación operativa”, con el propósito de “encontrarse” y accionar de manera conjunta. En estos intensos debates se tensionan posiciones que, por momentos, son disímiles pero saldables y, por otros, se presentan como irreconciliables, por lo que solo se aspira a construir consensos puntuales que hagan posible la organización conjunta de la movilización. A estos intercambios y negociaciones las y los jóvenes los denominan “la rosca”, que, en definitiva, es el trabajo de *pensar juntos*, incluso en el conflicto. Abandonar momentáneamente los intereses particulares de la organización a la que se pertenece, parece constituir un movimiento necesario para la conformación de un acuerdo que permita enunciar políticamente la conflictiva por la cual se marcha:

Para mí la Marcha de la Gorra significa lucha y organización, y también significa dejar de lado estas individualidades o mezquindades que tenemos a nivel político las organizaciones para juntarnos y decir: “Sí, nos siguen matando pibes todos los meses. O sea, la policía asesina pibes, esto es una política del Estado”. (Camila, militante territorial, 6/3/19).



Es claro que el nivel de complejidad de las discusiones que habilita el encuentro sostenido, presenta ciertos contrapuntos con la fugacidad y la intensidad que supone la experiencia de estar marchando. En este sentido, la Mesa opera como una especie de “cocina de la acción colectiva”. La Marcha se amasa, se prefigura y se configura al calor de los intensos procesos de discusión, negociación y co-construcción de sentidos entre los diferentes actores que la integran:

Es como cuando se hace, por decir así, una comida que lleva tantas horas al horno. Entonces, vos sabés que para llegar a comer eso, eso estuvo cocinándose un montón. Y ahí entendí los procesos de laburo y del momento hasta llegar a esto. Porque la gente lo que ve es ya la comida servida. Todo el laburo de picar la cebolla, de lavar, de cocinar, del plato... Bueno, todo eso lo veo como toda la organización y el plato final, el plato fuerte, es la Marcha. (Jonás, artista de barrio, 17/6/20)

El “plato fuerte” al que se refiere Jonás, que, en su fase de movilización se aprecia como una enorme columna unificada de personas que irrumpe en la escena pública, tiene por detrás un intenso proceso de construcción.

La producción mancomunada de la acción colectiva está permeada, aunque de manera tácita, por el interrogante acerca de *¿quiénes somos?* Los puntos de enunciación que se esbozan en relación con ese “nosotras/os” constituyen ensayos siempre locales, provisorios y en constante germinación. En tal sentido, el proceso de definir (declamativamente, pero también emocionalmente) qué los convoca a encontrarse cada año en esta acción colectiva constituye una instancia de socialización política con peso propio:

Porque ¿qué otro colectivo o qué otra mesa puede reunir tantas organizaciones o por su labor puede convocar a tantos compañeros? Ninguna. Entonces hay que ver como destrabamos esa contradicción. (Pedro, militante de partido político, 14/5/17)

Yo creo que la Marcha me ayuda y me seguirá ayudando a tener una lectura de clase y a entender quién es el enemigo, y quiénes, no necesariamente van a ser los amigos, pero sí pueden ser los compañeros de lucha o con quienes nos tenemos que apoyar. (Titx, cantante de rap transfeminista, 18/6/19)

En suma, el espacio organizativo de la Marcha tiene su propia historia y constituye un momento de encuentro más extendido y duradero que la propia movilización. Hay presencias que se sostienen a lo largo de los años, hay quienes visitan el espacio organizativo ocasionalmente y quienes llegan para quedarse. Contemplar con atención el tiempo de la organización y del encuentro previo, nos permite comprender por qué es fundamental pensar a la Marcha en su dimensión procesual y no meramente acontecimental. En este sentido, es particularmente importante considerar la temporalidad ampliada de la acción política, el tiempo de la organización: el diálogo, la coordinación asamblearia, la apuesta temporal y espacial de subjetividades que elaboran una propuesta política novedosa al *encontrarse y perdurar* organizadas, a pesar de las diferencias. No se trata meramente de una fecha puntual y aislada en el calendario o de la producción espectacular de una acción que comienza y termina ese día. Siendo la Marcha un fenómeno instalado en las agendas de las organizaciones políticas y territoriales de Córdoba, su Mesa Organizativa configura una instancia de producción mancomunada de la acción colectiva: un tiempo de conversación, de trama común, de (re)conocimiento mutuo, donde permanentemente dialogan lo histórico y lo novedoso, lo consensuado y lo rupturista. La Mesa es, en definitiva, un momento-lugar en el que se tejen importantes nudos de esta trama intersubjetiva que, incluso, para algunas/os jóvenes opera como “espacio de contención en la lucha” (Luis, militante territorial, 16/10/17).

De las tramas a la acción: alianzas afectivas y políticas en marcha



Las tramas intersubjetivas que se tejen al calor de la Mesa Organizativa comienzan a delinear el “cuerpo-marcha” (Bonvillani, A. y Roldán, M. 2017, 183) que luego irrumpe en las calles céntricas de la ciudad. En esta urdimbre se aloja buena parte de la potencia política del estar juntos/as en el espacio público, en tanto afectos, corporalidades, sentidos, estrategias, metas y acciones que se entrelazan como motor de lucha:

Emocionalmente te reconforta y genera, en lo colectivo, como un reconocimiento. Como que estamos haciendo esto juntas, que nos divierte, y lo hacemos por algo que estamos manifestando. ¡Super hermoso!
(Julieta, participante de la Mesa, 26/09/18)

La Marcha también se configura como un espacio de encuentro entre múltiples organizaciones, grupos y territorios, incorporando en la instancia de movilización a sujetos que, por diversos motivos, no han participado del proceso organizativo previo:

Estábamos ahí en el barrio agitando ¡che nos vamos al centro! ¡hay marcha! Y todes se sumaban y terminamos siendo una banda en el bondi. Como que surgió espontánea la invitación. Ese mismo día les avisamos de la Marcha y se prendían: “¡si de una! para que le aviso a tal”. (Camila, murguera y militante territorial, 29/9/18)

De manera concomitante, los cuerpos en alianza en la calle, especialmente en una movilización que denuncia el accionar policial abusivo, ingresan en una nueva dimensión de precariedad en tanto se ven expuestos a la fuerza policial (Butler, J. y Athanasiou, A. 2017). Así, las estrategias de seguridad entramadas y diagramadas por las y los jóvenes obedecen al propósito de cuidar la Marcha, a ese “nosotros” construido como movimiento. En el ejercicio de sus prácticas de autodefensa, existe un esfuerzo evidente por diferenciarse de la policía: “no cuidamos lo que ellos cuidan” (edificios, instituciones, el orden público); y, en ese distanciamiento, se configura un ethos colectivo que promueve sus propios valores y prácticas: cuidamos a los/as nuestros/as, nuestros cuerpos, nuestras vidas y velamos por nuestro derecho a protestar y a ocupar el espacio:

Me parece que es importante preguntarnos a quién cuidamos. ¿Los lineamientos de Seguridad tienen que estar pensados para proteger a las que marchamos o a edificios como la Catedral? Siendo que ese edificio probablemente esté vallado y custodiado por la policía misma. (Melisa, militante territorial, 24/10/17)

En este sentido, el miedo a la represión y persecución policial requiere de un trabajo emocional, tanto singular como colectivo, donde el vínculo afectivo con otros/as y entre grupos y organizaciones juega un papel central para garantizar la acción en sí y la integridad de quienes participan:

Nos llama en alerta, y nos hace buscar la espalda de todos los espacios, las organizaciones políticas y sociales, las instituciones, para que, si suceden diferentes cuestiones necesitamos que se posicionen, que nos acompañen y que nos fortalezcamos entre todas. (Agustín, militante territorial, 24/11/17)

Y algo que hemos tenido que trabajar mucho es el autocuidado de nuestros cuerpos, el autocuidado de las demás personas en la Marcha, el autocuidado en nuestros equipos, etc. [...] que Marcha de la Gorra pueda estar ahí también, porque justamente lo que se necesita es aunar luchas, bueno, para fortalecerlas, pero también para cuidar los cuerpos y curar las energías. (Beto, militante de una organización social. 3/12/19)

La afectividad es una dimensión constitutiva de las acciones colectivas y movimientos sociales. Según Jasper (2012, 55), la identidad de los grupos y organizaciones parece fortalecerse cuando comparten despliegues emocionales frente a ciertos eventos o actores y lealtades afectivas. Los climas emocionales (De Rivera J. y Páez, D. 2007) que permean la acción política coordinada pueden ser múltiples e incluso discordantes, dado que el proceso de manifestación involucra numerosos pliegues de la experiencia subjetiva. Así, las y los marchantes expresan su bronca y su hartazgo frente al



hostigamiento policial sistemático, al tiempo que destacan la alegría que produce el encuentro masivo en la calle:

Transformamos la bronca en fuerza, y la tristeza en bronca. La bronca y la fuerza, y creo que esa fuerza se ve como mucho acompañada de lo que genera el carnaval digamos, de esa alegría. (Sara, murguera y activista de organización social. 26/11/19)

Jasper (2012, 60) caracteriza como *emociones compartidas* a aquellas que un colectivo tiene en común en relación con otros objetos, por caso, la bronca hacia el aparato represivo estatal. A la par, encontramos las *emociones recíprocas*, aquellas que los miembros de un grupo sienten entre sí. En el caso en análisis, las/os jóvenes destacan los lazos de compañerismo y lealtad que germinan al calor de la Marcha. Tanto las emociones compartidas como las recíprocas se refuerzan de manera recursiva, y pasan a conformar la cultura de ese movimiento social (Jasper, J. M. 2012, 55). Así, la dimensión emocional y vincular de la protesta modula la producción de sentidos políticos y la construcción de posicionamientos:

Estar en la calle, estar acá en la calle con los compañeros, encontrarte con la gente que está peleando por lo mismo. (Conversación en marcha con joven murguera, 23/11/18)

Fue mirarnos y decir “Sí yo también estoy acá, comiéndome un chori, tomándome un vino con vos, que yo lo hago en casa con mis amigas, y ahora lo hacemos juntos. Entonces no estamos solos”. Reconocerse ahí con el otro de igual a igual. Y después de ahí somos amigos; como que ya está, ya sabemos que ahora lo que queda es seguir yendo a charlar y discutir. (Sofía, militante territorial, 24/11/17)

Dada la complejidad de las demandas y la asimetría con los antagonistas, la lucha antirrepresiva a menudo genera frustración, impotencia, indignación, enojo, tristeza y cansancio. Las emociones recíprocas y la construcción de lazos de amistad, compañerismo y apoyo fortalecen a los miembros del colectivo y animan a sostener la lucha. Las tramas y los afectos que allí se movilizan, ayudan a superar la sensación de impotencia y el sentimiento de soledad (Poma, A. y Gravante, T. 2018, 295).

Está ese dolor de saber de todas las cosas que están pasando, pero ese momento es más de encuentro y de alegría, y de compañerismo entre las personas activistas, militantes, entre las mismas organizaciones. Es un espacio de alegre rebeldía y de compañerismo. (Hormiga, activista de una organización social y de género, 29/9/20)

En estas narrativas, advertimos cierta elaboración política de la alegría (Bonvillani, 2018a, 54) que produce la ocupación del espacio público, cotidianamente vedado a las juventudes populares, con otras/os que también se muestran afectados por el conflicto enunciado. Jasper (2012, 60) define a la energía emocional como un estado de entusiasmo y agitación que deriva de interacciones, rituales y compromisos estratégicos que estimulan la acción. Así, la producción emocional se torna, simultáneamente, instrumento y propósito de organización y lucha:

También está la bronca, pero lo que te quieren quitar es la alegría. Eso es lo último, no nos la van a quitar porque somos así de fiesteros. Porque si no marchamos con alegría, ¿qué nos queda? (Lucho, miembro de una banda musical, 2/11/18)

Yo la veo en un montón de pibes, que a la vez que están cantando y agitando en contra de la policía, recuerdan a familiares que han perdido, recuerdan las veces que cayeron presos y eso después destapa un montón de bronca. (Lorenzo, militante de partido político. 28/4/17)

En este sentido, emociones compartidas como el dolor, la ira y la bronca revisten un valor estratégico, en tanto permiten enunciar el aspecto más cruento del conflicto, referido a la muerte y la desaparición de jóvenes. Así, la Marcha constituye un espacio-tiempo de rememoración y denuncia



que instala en el espacio público la dimensión de la ausencia, de la falta, de arrebatamiento de hijos/as, nietos/as, amigos/as, familiares torturados/as, desaparecidos/as y asesinados/as en manos del Estado y las fuerzas policiales.

En suma, la producción psicosocial de las emociones en la acción colectiva se expresa tanto en la colectivización de los anhelos como de los dolores. En la ocupación de la calle, estos cuerpos se encuentran en alianza política, al decir de Butler (2017), y esa coalición afectiva se torna potencialmente subjetivante. En otras palabras, la red sensible que se teje en la adyacencia corporal, física, simbólica y afectiva, en la ocupación coordinada del espacio público constituye buena parte de la potencia política de la Marcha.

Algunos cierres provisorios

A partir de lo expuesto, podríamos pensar, tanto a la Mesa como al evento-Marcha—como momentos-espacios de encuentro que alojan múltiples interacciones en el proceso de organización y efectivización de una acción colectiva. Sus protagonistas tejen complejos vínculos atravesados por conflictos y tensiones, así como alianzas y consensos, relaciones de cooperación, sentimientos de filiación y compañerismo, configurando una urdimbre intersubjetiva de la cual germinan políticas de afecto y estrategias de cuidado del cuerpo singular y colectivo.

Estas tramas generan condiciones de posibilidad para la realización de la acción colectiva, tanto desde su dimensión material-instrumental, como desde lo afectivo- emocional, otorgando sostén y favoreciendo la participación y permanencia en el espacio. En este sentido, la tarea explícita-instrumental que implica realizar la Marcha está acompañada por un conjunto de afectos y emociones que brotan del “estar juntos/as”. Los vínculos de afecto, lejos de ser un mero “excedente” de la acción, constituyen un fin en sí mismo, dada la gratificación y el disfrute que supone el propio proceso de socialización política con otras/os jóvenes a quienes se significa como compañeros/as de lucha.

En suma, la potencialidad política del “estar juntos” radica en gran parte, en la integración de lo trascendental y lo inmanente (Bonvillani, A. 2017): se define por sí misma en la potencia del encuentro, en el “estar-ahí-con-otros”, al tiempo que permite imaginar nuevos horizontes políticos en la construcción de sentidos y posicionamientos instituyentes.

Habitar la Marcha implica dejarse atravesar por una multiplicidad de sensaciones, emociones y situaciones que alojan conflictos y consensos, al calor del encuentro con otros/as. Ser parte de una trama que sostiene la práctica, los afectos y los cuerpos, a la vez que se produce a sí misma, se torna una vivencia colectiva de valor intrínseco.

Referencias

- Aguilera Ruiz, Óscar. 2010. Acción colectiva juvenil: de movidas y finalidades de adscripción. *Nómadas*, N°. 32 :81-98. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105114733006>
- Aguilera Ruiz, Óscar. 2016. Excedente emocional y ampliación de lo político en Chile. Análisis visual del movimiento estudiantil 2011-2014. *Altre Modernità*, 234-253. <https://doi.org/10.13130/2035-7680/7065>



- Bonvillani, Andrea. 2017. Sentidos políticos del estar juntos: jóvenes, grupalidades, politicidad, Prácticas y discursos. Cuadernos de Ciencias sociales 5(7). Centro de Estudios sociales, Universidad Nacional del Nordeste, 2-22. <http://dx.doi.org/10.30972/dpd.571199>
- Bonvillani, Andrea. 2018a. Entre el folclore de la fiesta y lo irreparable de la muerte juvenil: la experiencia de la Marcha de la Gorra. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20201019061241/Entre-el-folclore-de-la-fiesta-y-lo-irreparable-de-la-muerte.pdf>
- Bonvillani, Andrea. 2018b. Etnografía Colectiva de Eventos: La Cronotopía Paradojal de la Marcha De La Gorra. Córdoba, Argentina. *De Prácticas y Discursos*, 7(9) ,161-184. <http://dx.doi.org/10.30972/dpd.792806>
- Bonvillani, Andrea y Roldán, Macarena. 2017. Politización de los cuerpos juveniles: la Marcha de la Gorra como performance multitudinaria. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* 74, 196-220. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/journal/4959/495954961008/html/>
- Borges, Antonádia. 2017. Tempo de Brasília: etnografando lugares-eventos da política. Río de Janeiro: Relume Dumará.
- Butler, Judith. 2017. Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith. y Athanasiou, Athena. 2017. Desposesión: lo performativo en lo político. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- De Rivera, José y Páez, Darío. 2007. Emotional climate, human security, and cultures of peace. *Journal of social issues*, 63(2), 233-253.
- Diani, Mario. 2015. Revisando el concepto de movimiento social. *Encrucijadas-Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 9. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5171769>
- Guber, Rosana. 2019. La etnografía: método, campo y reflexividad. Siglo XXI editores.
- Jasper, James. 2012. Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 4(10), 46-66. <https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904005.pdf>
- Melucci, Alberto. 1994. ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? En Laraña, E. y Gusfield, J. (Eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (119-149). Madrid: CIS
- Pita, María Victoria. 2010. Formas de vivir y formas de morir. El activismo contra la violencia policial. Buenos Aires: Del Puerto; CELS. <https://www.cels.org.ar/web/wp-content/uploads/2016/06/REVES-2010-Formas-de-morir-y-formas-de-vivir-Pita-Maria-Victoria.pdf>
- Poma, Alice y Gravante, Tommaso. 2018. Emociones, identidad colectiva y estrategias en los conflictos socioambientales. *Andamios*, 15(36), 287-309. <https://doi.org/10.29092/uacm.v15i36.611>
- Roldán, Macarena. 2019. Más de una década de la Marcha de la Gorra en Córdoba, Argentina: un análisis diacrónico de sus demandas. *Persona y Sociedad*, 33 (1), 108-132. <https://doi.org/10.11565/pys.v33i1.257>
- Scribano, Adrián y Artese, Matías. 2012. Emociones y acciones colectivas: un bosquejo preliminar de su situación hoy. En Cervio, Ana (Comp.) *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los*



- cueros y las emociones* (85-113). <http://www.estudiosociologicos.org/-descargas/eseditora/las-tramas-del-sentir/las-tramas-del-sentir.pdf>
- Svampa, Maristella. 2007. Movimientos sociales y escenario político: las nuevas inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina. *Observatorio social de América latina*. <http://maristellavampa.net/archivos/ensayo38.pdf>
- Vommaro, Pablo. 2015. Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina: tendencias, conflictos y desafíos. Buenos Aires: CLACSO y Grupo Editor Universitario. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160905042410/Juventud-y-Políticas.pdf>